

**Valérie Mréjen**  
**MI ABUELO**



Mi abuelo no es sólo una novela (y añadiríamos: una pequeña obra maestra), sino también el retrato de toda una generación, la de los nacidos a finales de la década de 1960 en un mundo en continua transformación, hecho de escay y de formica, de televisión y canción ligera. Es más, este libro de la joven escritora francesa Valérie Mréjen logra, mientras retrata a esa generación, dibujar al mismo tiempo, con pocos trazos, con las palabras justas, un verdadero retrato familiar, y no sólo de una familia real, la suya propia, sino de otras muchas familias posibles. Amores y desamores, divorcios, sospechas de incesto... Una educación sentimental que va más allá de lo puramente iniciático, de la llamada novela de formación; la historia de una chica llamada Valérie en medio de abuelos reales y abuelas falsas, de tíos y tías de apodos imposibles, de frases también «familiares» que nos hacen soltar la carcajada. Sí, una novela llena de carcajadas pero con un regusto amargo.

**Lectulandia**

Valérie Mréjen

# **Mi abuelo**

ePub r1.0  
Batillo 17.7.16

Título original: *Mon grand-père*  
Valérie Mréjen, 1999  
Traducción: Sonia Ortega

Editor digital: Batillo  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Mi abuelo llevaba a sus amantes a casa y hacía el amor con ellas metiendo a mi madre en la misma cama. Era el segundo marido de mi abuela. Ella pidió el divorcio. Tras hacer como que se suicidaba con un cuchillo de cocina, él aceptó amablemente. Mi abuela se volvió a casar con un *gigoló* y mi abuelo contrajo matrimonio con su secretaria, treinta años más joven que él. De viaje de bodas la envió de vacaciones con mi madre, pues sus negocios le retenían en París y no podía permitirse tomar un respiro así como así. Mi abuelo se quiso vengar de mi abuela por haberle abandonado. Se le ocurrió denunciar a su ex suegro ante Hacienda para que le sometieran a una inspección fiscal. El padre de mi abuela, que debía mucho dinero, se tiró desde la Torre Eiffel. De la unión de mi abuelo y su esposa nació una niña. Cuando llevaba a sus amantes a casa, mi abuelo hacía el amor con ellas metiendo a mi tía en la misma cama. En ese tiempo, el tercer marido de mi abuela comenzaba a interesarse por mi madre, que era joven, bonita e ingenua. Al final se largó con una azafata de vuelo a quien había golpeado con el coche y de la que se enamoró mientras rellenaban el parte amistoso. Mi abuela se tiró por la ventana de su apartamento. Poco más tarde, la segunda esposa de mi abuelo se suicidó saltando desde lo alto del edificio donde vivía. Mi abuelo rehízo su vida con una señora que se llamaba Jeanine, pero que nosotros llamábamos *Lolotte*. Lolotte cambiaba de color de pelo cada dos por tres. Murió de un cáncer de pulmón. Mi abuelo se puso casi tan triste como el día en que perdió a su perro, *Xénophon*.

A mi abuelo le salía muy bien la salsa bearnesa. Nos la hacía cada vez que íbamos a comer con él; con carne y patatas fritas. Como aperitivo ponía a menudo paté de sardina con tostadas.

El televisor estaba colocado sobre una especie de mueble estilo Imperio que servía para guardar los licores.

(Creo que a mi abuelo le gustaba bastante tomar el aperitivo, porque recuerdo que muchas veces olía a whisky).

Cubría su cama con una piel sintética de color negro, y en la pared tenía el dibujo de un caballo visto de frente. Tenía también un calendario con fotos de mujeres desnudas que él simulaba esconder, pero dejaba asomar bajo la cama. A mi abuelo le gustaba hablar de las mujeres calibrando si eran o no asequibles, y se deleitaba contando chistes obscenos mientras comíamos.

Se dice que dejó embarazada a una criada de sus padres, la cual perdió el empleo y se marchó a criar a su hijo sola.

Al parecer, era una niña, el vivo retrato de mi madre en rubia.

Cuando mi madre era pequeña, un día tuvo el atrevimiento de escupir las lentejas

en la mesa. Mi abuelo le gritó de tal forma que quedó traumatizada.

Cuando tenía dieciséis años, mi madre se enamoró de un amigo de la familia. Un día, ese amigo llamó a mi abuelo para contarle cosas terribles e insultantes. El primer impulso de mi abuelo fue pasar el auricular a mi madre para ver la decepción en su rostro.

Mi abuelo era muy severo con las buenas maneras en la mesa. Nos miraba con ojos desorbitados si agitábamos los cubiertos al hablar.

Cuando quería mostrar desprecio por alguien que no fuera de su agrado, mi abuelo lo tildaba de «ese señor». Decía: «No quiero tener nada que ver con ese señor».

En el baño, los grifos estaban demasiado cerca de la pila, de forma que era imposible lavarse las manos. Había que pegarlas a la loza y retorcer las muñecas.

Había una especie de alfombrilla de goma con motivos de huellas de pies en el fondo de la bañera.

Mi abuelo nos amenazaba diciéndonos que nos iba a amasar la celulitis.

La hermana de mi abuelo se llama Nicole, pero su apodo es *Ligou*.

La tía Ligou es muy rica, vive en el distrito dieciséis, donde comparte piso con su teckel.

Estuvo casada con un hombre que ya murió, pero que se llamaba Roger.

Roger regentaba una tienda de calzado en los Campos Elíseos e iba todos los días a tomar un whisky a Fouquet's. Tenía los ojos pálidos y la mirada estúpida. Roger y Ligou pasaban el mes de julio en Deauville y el de agosto en Cannes. No les gustaba variar.

Mi abuela estuvo casada antes de conocer a mi abuelo, cuando era joven. Tuvo un hijo, que se llama Bernard.

Bernard se casó con Josiane. Tuvieron dos hijos.

Josiane utiliza un maquillaje que se nota de lejos y se embadurna las pestañas de rímel azul fuerte. Lleva un abrigo de piel de zorro adornado con colas de mapache. Tiene el pelo rubio natural.

Mi madre tenía unos tíos, tío Fred y tía Simone, que eran propietarios de una tienda de ropa en Levallois. Vendían trajes, camisas, corbatas, calcetines, jerseys de escote en pico y pañuelos de seda. Tío Fred llevaba dentadura postiza y tía Simone se echaba *spray* de color violeta en el pelo. Tenían una hija, Michéle, a quien

llamábamos *Mimiche*, y que estaba casada con un tal Serge. Mimiche y Serge habían adoptado a una niña porque no podían tener hijos. La niña tenía muchos problemas.

Mimiche hablaba y fumaba mucho. Parecía estar siempre contenta, al contrario que su marido, que tenía pinta de aburrirse como una ostra. Recuerdo que ella llevaba solamente joyas de oro, porque era alérgica a los demás metales.

Mi padre y mi madre se conocieron en una mesa redonda de un club de encuentros. Enseguida empezaron a salir.

Mi padre fue presentado a la familia de mi madre. Allí estaba mi abuelo, rondando los sesenta, acompañado de su futura mujer de treinta años; el tercer marido de mi abuela; el padre del tercer marido; Bernard, Josiane y mi abuela.

Le sometieron a un interrogatorio. Le hicieron todo tipo de preguntas acerca de su situación, su origen social y sus estudios. Mi abuelo objetó que, en cualquier caso, era demasiado viejo para su hija. Pero enseguida advirtieron que estaba mal informado: en la policía le habían dado la fecha de nacimiento del hermano mayor.

La familia de mi madre veía a mi padre como a una especie de salvaje. Había nacido en Marruecos, cierto. Mi abuelo, que erróneamente se consideraba superior, despreciaba a mi padre.

Incluso mi madre, que, a pesar de todo, se sentía orgullosa de pertenecer a una cierta clase social, no acababa de aceptar el haberse casado con un zafio (mi padre tenía tendencia a servir el agua en las copas de vino y el vino en las de agua).

Josiane, la mujer de Bernard, tampoco gozaba de gran estima, porque era peluquera y porque su padre se palmeaba los muslos al reír.

Mi madre nos decía que mi padre era un advenedizo y que nos consideraba como sus floreros (le gustaba vernos bien vestidos, sobre todo para las celebraciones judías).

Mi padre nos decía que mi madre nos sorbía el seso y, a veces, que tenía la cabeza a punto de estallar.

Nos decía que siempre hay que escuchar a ambas partes.

Cuando estaba al teléfono con un parlanchín o un pesado, mi padre se ponía el auricular bajo el brazo, como si se duchara, y decía: «Claro, claro... Por supuesto...» con cara de partirse de risa.

Cuando le sacábamos de quicio nos decía que nos iba a romper la cara o que nos

iba a dar tal torta que la cabeza nos saldría volando. Nos decía que nos iba a sacar los ojos o que nos los iba a arrancar.

Mi madre utilizaba un lenguaje más civilizado: arpía, mal bicho, parásito.

Mi abuelo, que era un buen jinete, usaba la fusta para castigar a mi madre cuando era niña. Consiguió convencerla de las ventajas de este método, que, al parecer, deja menos marcas que una tunda tradicional.

Mi madre estaba a favor de explicar la sexualidad a los niños. Teníamos una especie de enciclopedia ilustrada que se llamaba *La vida sexual*.

Yo soñaba con tener media melena con flequillo, pero mi madre me llevaba a la peluquería para que me dejaran el pelo bien corto.

Mi padre nos hacía crujir los nudillos todo el rato.

Hacía como si fuera a salir corriendo tras nosotros y decía: «Ya verás...», o bien: «Y ahora...» (con intención de decir «Y ahora, ¿qué voy a hacer?»<sup>[1]</sup>).

Nos cantaba: *La samba brasileña hace bailar a las parisinas y Las hojas caídas se recogen con pala y ¡Ah, Mahrouka! ¡Ah, Mahrouka!*

Mi abuelo siempre ha sido amigo del orden y de la disciplina.

Es indiferente a ciertas bromas, como sacar la lengua o hacer burla. Pero bajo ningún concepto se le debe desobedecer.

En su cuarto de baño había un póster más ancho que alto donde se veía una serie de animales haciendo cola.

Tengo la impresión de que repetía con frecuencia algunos nombres, como por ejemplo «Gambrinus» o «Garibaldi».

Guardaba los calendarios y los abanicos que regalan en los restaurantes chinos.

En la pared del comedor había dos catadores de sumiller sujetos con lazos y un aplique dorado en forma de doble antorcha con las bombillas de tipo vela.

Mi abuelo tiene las manos grandes y una forma particular de cruzarlas. Las redondea colocando una sobre otra.

Mi madre pensaba que perforarse las orejas y usar pintaúñas de purpurina era de hija de portera.

Mi abuelo le había enseñado canciones picantes: *Mi tía Eulalia, Las ciruelas de*



*mi abuelo, etcétera.*

Cuando yo era pequeña, mi padre tenía un amigo agente inmobiliario que se llamaba señor Mergui. Cada vez que pasábamos por delante de su agencia, mi padre canturreaba: «Inmobiliaria Mergui, ah, ah, ah...».

La familia de mi madre ponía muchos mote: *Titine, Patite boule, Rorette, Licoco, Manuelito.*

Mi padre llamaba a mi madre *Tinou.*

A mi abuelo le gustaban los sables. Tenía uno en su casa, entre otros objetos horribles. Tenía también un reloj de arena embutido en un bloque de resina, adornado con una especie de alga y una piedra azul. Tenía también un bajoplato de cristal de color con pies metálicos, caballitos de porcelana y un racimo de uvas de mármol.

Recuerdo que tenía en la biblioteca *El Tercer Reich* en dos volúmenes, con una cruz gamada en el lomo.

En su casa, prácticamente todo era verde oscuro o marrón.

Llevaba siempre sombrero, lo levantaba levemente al saludar.

Mi abuelo estaba orgulloso de sus medallas y siempre repetía que en la invitación de boda de mis padres aparecía la Legión de honor. No puso nada de su nivel de equitación.

Mi madre estaba tremendamente bella el día de su boda. Llevaba un vestido muy sencillo, con medio cuello y una cola de tul. Parecía una japonesa. Llevaba un ramo de junquillos y un moño grande.

De todos sus vestidos, mi preferido era uno de tejido sintético blanco, con cuello camisero, y un cinturón fino con la hebilla forrada de tela. Tenía un estampado de esferas marrones y beises (eran los años setenta).

El sofá del salón era naranja; los asientos de la cocina, de escay naranja; y la lámpara de bolas, de cristal naranja.

La mesa de la cocina era de madera marrón con pegatinas grandes de flores marrones y blancas.

Mi madre decía: «Te mereces una buena patada en el culo».

Cuando le preguntaba el porqué de algo y ella no tenía ganas de hablar, me contestaba: «Por hacerte hablar»; o: «Por culpa de las moscas».

Cuando le pedía que me contara una historia, recitaba: «Érase una vendedora de foie que vendía foie en la ciudad de Foix. Y que se dijo: A fe mía, ésta es la primera y la última vez que vendo foie en la ciudad de Foix<sup>[2]</sup>».

Mi padre sabía un cuento, el del pececito de oro. Era un pescador muy pobre, casado con una mujer mezquina, que salía a pescar animosamente todas las mañanas. Un día pescó un pez de oro que le suplicó que le dejara vivir a cambio de concederle un deseo. De vuelta a casa, su mujer lo llamó de todo y le obligó a pedir un barreño nuevo. Los días siguientes siguió insultándolo, al tiempo que pedía más y más cosas: vestidos, joyas, un palacio, etcétera. Hasta el día en que le exigió que trajera al pez. El pescador, que a pesar de tener un gran corazón era algo débil de carácter, fue en busca del pez y le expuso el caso. El pez, muy furioso, provocó una gran tempestad. Cuando el pescador volvió a casa encontró a su mujer en su vieja y mísera cabaña, vestida con harapos al lado del antiguo barreño.

Mi padre nos pellizcaba la mejilla dando un tironcito, y se llevaba la punta de los dedos a los labios.

Los domingos escuchábamos las campanas de la iglesia de Santa Odile, que es una de las más feas del mundo.

Más adelante, cuando ya era adolescente, solía ir a patinar a La Mano Amarilla, justo al lado de casa. Mi padre se equivocaba y decía «pie azul». También había una pista de esquí que se llamaba El Albaricoquito, pero mi padre decía «la mandarinita».

Mi madre decía que, en una mujer, fumar por la calle resultaba vulgar.

Teníamos un vecino cuya mujer repetía continuamente: «¡Eso es! ¡Eso es!». La llamábamos doña Eso es, eso es.

Teníamos otro a quien oíamos tocar el mismo fragmento al piano durante todo el día.

Un día se murió un señor muy mayor que vivía en el edificio. La portera vino a decírselo a mi madre: «El señor Wogue padre ha muerto».

Mi madre sintió un vuelco en el corazón porque había entendido: «Su señor padre ha muerto».

Mi madre mantenía el contacto con Jeanine, que era la mejor amiga de mi abuela. Jeanine era ya una señora mayor; nos traía siempre caramelos, bombones o *smarties* en una bolsita de plástico.

Así como teníamos a Mimiche y Serge teníamos también a Nanine y Jacques.

Mi madre tenía su especialidad de postre fresco veraniego: una sandía cortada en forma de cesta con asa y rellena de macedonia de frutas.

En verano, mi padre nos preparaba siempre los mismos bocadillos para llevar a la playa: pan con rodajas gruesas de tomate, migas de atún, cebolla y sal.

Mi padre se levanta a veces antes de dormirse para ir por un trozo de chocolate al armario de la cocina, y repite la operación una o dos veces haciendo ruido con las babuchas en chancleta.

Cuando recibe una llamada del extranjero da gritos por el teléfono como si se le fuera a escuchar peor a causa de la distancia.

Tiene amigos que a veces llaman a casa por teléfono y que en lugar de presentarse dicen: «¡Hola! ¿Con quién hablo?».

En verano pulverizaba insecticida sobre las avispas y decía: «¡Ya está! Muerta en combate».

Un día empleó la expresión «por mí que no quede». Yo pensaba que se escribía «por Mike Nokede».

Mi madre decía a menudo «digamos que» y yo entendía «diga mosqué».

Utilizaba frases como: me he estrujado el cerebro, he ido al quinto pino, me he dejado los cuernos.

Contó que, en un arranque de cólera, mi padre le había dicho: «Vas a sudar como una negra». No me atreví a preguntar lo que quería decir.

Mi madre tenía muchas faltas de ortografía.

Un día que me pusieron un 9 en un dictado, me soltó que la ortografía era la ciencia de los burros.

Durante un fin de semana en casa de mi padre habíamos asistido a una fiesta familiar. De vuelta, el domingo por la tarde, mi padre nos dijo: «Valérie es la más guapa de todas las primas». Mi madre respondió: «En el país de los ciegos, el tuerto es el rey».

Mi padre nos contaba la historia de una gallina que quería moler trigo para hacer harina. Pedía ayuda a un pato y a un pavo, quienes no se mostraban muy serviciales.

La frase era: «Yo no, dijo el pato. Ni yo, dijo el pavo».

El único recuerdo que tengo de la segunda mujer de mi abuelo es una tarde que pasamos juntas, ella, mi madre y yo. La víspera, yo había visto un espectáculo de marionetas en el que uno de los personajes cantaba: «Yo soy el dueño de todo, no me vengas con patrañas, yo soy el dueño de todo, no me tomes por bobo». Pasé la tarde sacándolas de quicio con aquella canción. Al final, ya no podían más.

Encontré un telegrama que mi abuela envió cuando cumplí dos años. Decía: «Feliz cumpleaños. Abuelita».

En una foto antigua de unas vacaciones, mi padre lleva un bañador de cintura muy alta.

Hay otra en la que aparece un señor corpulento, de mirada simpática, sentado delante de unas hortensias.

Mi padre tenía unas babuchas de cuero que soltaban un repugnante olor a tinte.

En la casa de la calle Courcelles había, a ambos lados de la chimenea, unos colmillos de elefante labrados, sujetos a una base de madera. También había un objeto decorativo de hilos transparentes y luminosos cuyos extremos cambiaban de color.

En los cumpleaños, mi madre preparaba canapés de paté y rodajas de pepinillo, de salchichón, de huevas de lumpo rojas y negras con trocitos de limón.

Siempre llenaba de zumo de naranja una jarra enorme e imposible de levantar, que tenía un depósito de hielo en su interior.

Mis libros eran: *La gallina roja*; *Rueda, rueda, galleta*; *La vaca naranja* y *La caja de sol*.

En *La caja de sol* una niña intentaba atrapar la luz del sol en una caja de puros vacía. Esperaba a la noche para abrir la caja y encontraba una luciérnaga que se había metido allí por casualidad.

*La vaca naranja* era la historia de una vaca enferma. Aparecía en la cama con un termómetro en la boca. Yo intentaba convencer a mi madre para que nos tomara la temperatura de esa forma, pero ella decía que era más eficaz en el trasero.

Mi padre siempre se asustaba a la vista del más mínimo rasguño. Gritaba: «¡Ay, ay, ay, ay!».

En lugar de decir «A ti hay que sacarte las palabras con sacacorchos» dice: «A ti hay que forzarte».

Mi padre decía a menudo que mi hermano era muy sensible.

Para decidir qué hacer de comer se dirigía a uno de nosotros preguntando: «¿Qué queréis?».

Mi padre siempre nos dice: «Siéntate». Da una palmadita en el sofá para invitarnos a sentarnos a su lado.

Cuando le dábamos un beso nos decía: «Dame otro beso mejor».

Un día rompí un trozo del mueble del salón al chocarme contra él. Mi madre me llamó elefante en una cacharrería.

Mi abuelo viajaba todos los años a Italia, desde donde enviaba una postal dirigida a nuestro perro.

Se alojaba siempre en el mismo hotel, donde tenía ya sus costumbres hechas. El balneario se llamaba Bellaria.

Al parecer, el mar allí es infecto, pues las cloacas desaguan en él.

De niño, mi abuelo gastaba bromas en los hoteles. Echaba en los orinales unos polvos que hacían que la orina se pusiera espumosa y verde. Volvía locos a los botones.

Mi padre nos contaba que también a él le encantaba gastar bromas. En el sótano de su casa había tinajas de barro donde se guardaban el aceite, las especias y la carne. Un día, una criada que había bajado por alimentos, cogió una aceituna al pasar. Él le agarró la mano desde la oscuridad y dijo: «Deja esa aceituna». La muchacha se puso a gritar que había visto al diablo.

Mi padre tenía ocho hermanos: David, Jonathan, Robida, Elie, Marguerite, Dady, Renée y Albert.

En clase, cuando el maestro estaba de espaldas, se lanzaban una sandía, y un día se despanzurró en el suelo.

Tenían un profesor completamente sordo. Uno de los alumnos levantaba la mano y preguntaba: «Señor, ¿puedo ir al servicio?». Poco después, otro preguntaba: «Señor, ¿puedo acostarme con su mujer?». El profesor decía: «¡No, ya ha ido otro!».

Cuando era muy pequeña, mi madre tuvo que cantar una canción a las tías mayores reunidas a la hora del té. Inocentemente entonó *Los cojones de mi abuelo*

ante el ruborizado auditorio.

Mi madre decía a menudo: «Merdum».

O: «Me estáis tocando las narices».

Mi abuelo, que se mostraba orgulloso de hablar alemán, decía «Scheisse».

Mi madre pensaba que el árabe era un idioma horrible. Imitaba a mi padre haciendo carraspeos con la garganta.

Mi padre imitaba al tío de mi madre haciendo movimientos de mandíbula.

Una vez, en broma, llamé a mi padre homosexual. Se enfadó como si le hubiera dirigido el peor de los insultos.

Cuando se irritaba, mi madre apretaba los dientes y decía: «¡Os la vais a ganar!».

Cuando se agotaba su paciencia, mi padre decía: «Mi paciencia tiene un límite».

Cuando se llevaba una decepción decía: «¡Ay, ay, ay! La verdad, es una lástima».

Para fastidiar a mi madre, un día volví a casa con agujeros en las orejas.

Otra vez volví a casa con un corte de pelo horrible. Me dijo: «Qué pena, con el pelo tan bonito que tenías». Si me lo hubiera dicho antes no habría ido a la peluquería.

Cuando salíamos a comprar ropa con mi padre, y el vendedor preguntaba qué queríamos, él respondía: «Ella se lo dice» justo antes de volverse hacia mí para decirme: «Vamos, di lo que quieres».

Mi padre tiene una forma de proponer las cosas que hace prácticamente imposible elegir la opción contraria.

A él le hubiera gustado que me pusiera faldas más a menudo, alguna joya y un poco de carmín.

Mi padre distingue dos categorías posibles de atuendo: «de vestir» o «de sport».

Durante mucho tiempo usó un abrigo de piel de coipo.

Para guardar su billetera y sus papeles utiliza un bolso de piel, o de imitación, rectangular, más alto que ancho, con bolsillos exteriores y solapas.

Cuando nos vamos de viaje, siempre nos sugiere que compremos una especie de cinturón multibolsillos para guardar el dinero y los documentos.

En los restaurantes, mi padre se refiere a las camareras como «esa monada», en especial si físicamente son poco afortunadas.

Señala los platos de la carta al tiempo que pregunta si está bueno con gesto incrédulo.

Mi padre se sirve a menudo el primero, diciendo: «Hala, servios».

Le gusta sorber la sopa hirviendo y hacer muecas con la boca.

Cuando tiene problemas con su amiga Hugette dice que ella «le tuerce el morro<sup>[3]</sup>».

Tampoco en su familia llaman a cada uno por su nombre; están *Luiso, Jojo, Dédé, Gaby*, etcétera. Si hay dos con el mismo nombre (Joseph, por ejemplo) se especifica si es el hijo de tal o de cual, lo que da lugar a frases como «¿Jojo el de David o Jojo el de Jonathan?».

El padre de mi padre se volvió a casar con una señora que se llama Rebecca y que hace bomboncitos rellenos de cacahuets triturados.

Mis tíos nos llaman «hijito» o «hijita». Una de mis tías tiene miedo a los animales. Un día, un gorrión entró en su casa y ella se puso a pedir socorro.

Cuando hablan de su padre, mis tíos dicen «mi padre», como si no fuese el de todos.

Y dicen también: «Mi padre, mi pobre padre».

Cuando nos pasaba algo, mi padre nos tranquilizaba diciendo: «No es grave»; y añadía: «Nada es grave, sólo la muerte».

Hacía reír a sus amigos contándoles nuestros secretos, le gustaba hacernos rabiar.

A los trece años, una de mis tías me toqueteó un pecho delante de todos y exclamó: «¡Muy bien! ¡Ya le van creciendo!».

Cuando mis padres discutían, mi padre nos tomaba como testigos diciendo a gritos, por ejemplo: «... y lo digo delante de los niños!».

Mi madre me decía que, de los tres, a quien más había deseado era a mi hermana.

Solía decir: «En marcha, pandilla desastre<sup>[4]</sup>».

Mi abuelo nunca ha querido contar lo que hizo durante la guerra. Dejaba entrever que, más o menos, se había unido a la Resistencia. Creo que mi madre sospechaba algo más turbio.

Mi abuelo, cuando se enfadaba, se ponía realmente fuera de sí. Comenzaba a temblar un poco, echaba la cabeza hacia atrás y abría desmesuradamente los ojos.

Por Navidad nos daba un billete de 500 francos para repartir entre los tres, lo que resultaba 166,33333 francos para cada uno.

Mi madre decía que guardaba grabaciones de discursos de Hitler en 78 revoluciones.

Para poner punto final a las discusiones, mi padre decía a menudo: «El incidente está zanjado». Yo confundía incidente con accidente. Para mí aquello quería decir: «El accidente está salvado».

Mi padre nunca sabía en qué curso estábamos, y tampoco recordaba nuestras fechas de nacimiento. Yo le preguntaba a propósito para pillarle en falta.

Ni siquiera conoce su propia fecha de nacimiento porque en aquella época no se preocupaban de registrar a los niños. Al parecer, el registro civil aún no existía en Marruecos. Al llegar a Francia, tuvieron que elegir una fecha cualquiera. Sus hermanas aprovecharon para quitarse años, de modo que algunas de las mayores pasaron a ser las pequeñas en los documentos.

Mi padre contaba con orgullo una de sus mejores trastadas: a su hermana Dody se le había caído el pelo tras unas fiebres tifoideas. Se cubría la cabeza con un pañuelo. El se le acercó por detrás y le levantó el pañuelo con una regla. Ella echó a correr como una loca, tapándose la cabeza con las dos manos.

También se reía de su hermana Robida porque tenía una nariz muy grande. Ponía una sábana sobre una percha a modo de marioneta e imitaba el grito del pavo.

Mi madre pensaba que las hermanas de mi padre tenían las piernas como postes.

En las cenas familiares mi padre y mis tíos se contaban chistes comenzando en francés y acabando en árabe. Veíamos, sin entender nada, cómo se partían de risa.

Mi madre tenía una amiga que me traía a menudo ropa de una tienda de saldos: jerseys mal cortados o **tops** de fantasía. Recuerdo en especial una sudadera forrada



que me arqueaba los hombros y que ella me reprochaba no ponerme nunca.

Mi madre me regaló una bata de abuela de un tejido sintético, acolchado y rosa.

Si llovía, quería que me pusiera una de esas capuchas horribles de plástico transparente.

Cuando nos invitaban a casa de alguien, mi padre nos criticaba por no vestir de forma más elegante. Según él, deberíamos habernos puesto una camisa blanca y una chaqueta azul marino.

En el colegio, bastante gente llevaba jerseys de escote en pico con las letras **UCLA**. Yo me preguntaba de dónde saldría aquello.

Yo creía que «con las manos en la masa» quería decir «con las manos en la mesa».

En los botes de mermelada ponía «peso neto». Yo repetía «pesoneto» en mi cabeza sin entender.

Mis padres compraron un terrenito en Normandía al que bautizaron **El prado Valem** (por Valérie y Emmanuel). Cuando nació mi hermana Aurore pasó a llamarse **El prado Valaurem**. Mi padre ensayaba múltiples combinaciones y decía «Valemaur» haciendo una mueca.

Mi padre compró una caravana americana, a la que ajustó una caseta de jardín. Enterró las ruedas de la caravana y pintó todo de blanco y marrón, imitando un entramado de madera. En la habitación principal había un sofá-cama beis y amarillo adosado al parabrisas trasero. En el alféizar de la ventana había un jarrón hecho con trozos de cristal de colores. En la cocina había armarios de fórmica que imitaban madera, difíciles de abrir. Había unas banquetas de madera, pintadas y decoradas con pegatinas de flores geométricas marrones y blancas, y una mesa extensible. El cuarto de baño se cerraba con una puerta plegable. Teníamos una bañera pequeña, y para ducharnos, una manguera que había que sujetar a los grifos. En nuestra habitación había unas literas metálicas y un armario oculto por una cortina. El papel pintado de la habitación representaba árboles y casas de formas muy esquemáticas. Las casas eran cuadrados con triángulos encima. Los árboles, rectángulos para el tronco y círculos para las copas.

La caseta albergaba los muebles de jardín, las herramientas y el aseo.

Mi madre cultivaba lechugas y tomates.

El ganadero que les había vendido el terreno vendía la leche de sus vacas; mi madre nos enviaba por ella con un recipiente metálico.

Nuestro vecino, los Baumé, nos regalaban tabletas de chocolate Codee rellenas de crema de colores.

El señor Baumé traía a mi madre ramas de ruibarbo. Ella dejaba que él le pellizcara las nalgas y los pechos.

El hijo de los Baumé se llamaba Robert. Tuvo un accidente de coche cuando conducía totalmente borracho. Una tarde, mientras veía la televisión lo mataron de un disparo en la cabeza.

Teníamos que ir a la cena de Año Nuevo con nuestro padre, pero mis hermanos no habían llevado ropa elegante. Decidieron hacer un viaje rápido a casa de nuestra madre, que estaba fuera por unos días. Mi padre los acompañó y esperó en el coche. Mi madre había vuelto antes de lo previsto y yacía muerta en su cama.

Se le había caído un plato en la cocina. Mis hermanos encendieron la luz y vieron los trozos rotos. Por eso subieron a mirar en la habitación.

Mi tía me explicó que a causa del tratamiento que seguía, su sangre se había transformado casi en agua.

Encargaron a Bemard, el hermano de mi madre, que mandara grabar el nombre y las fechas de su hermana en la lápida. Dejó pasar tres años, hasta que mi padre se ocupó de ello.

Mi padre decía que, de nosotros, mi hermano era el que estaba más afectado.

Mi padre pensaba que para no estar triste, más valía evitar hablar de aquello.

En su familia había muchos temas tabú. Los niños no hablaban en la mesa.

No había que pronunciar ciertas palabras o tocar asuntos delicados.

Mi padre decía que, de pequeño, recibía un golpe en cuanto hablaba de sexo.

Le parecía estupendo que nosotros pudiéramos instruirnos leyendo ***La enciclopedia de la vida sexual***

Teníamos también un libro titulado ***Todo el universo***, en el que aparecía un dibujo explicativo sobre las caries.

Eran unos bichos verdes, horribles, con dientes puntiagudos y cara de malos, que

agujereaban los dientes a golpe de pico.

Cuando se relaja o cuando se mete en un baño caliente, mi padre exclama: «¡Alá!».

Cuando duerme, suelta gemidos quejumbrosos y chasquea la lengua pastosamente.

Mi padre come con la mirada baja y no levanta los ojos hasta haber terminado.

Alguna vez, intento que desvíe su atención clavándole la mirada durante un rato largo, pero no se da cuenta de que le estoy observando.

Para referirse a la comida mi padre dice «el condumio».

Ir al supermercado con él era la felicidad. Nos dejaba llenar el carrito de tabletas de chocolate y discos de 45 revoluciones.

En el campo, mi padre preparaba barbacoas.

Me explicó que era una palabra americana y que, antiguamente, se asaban las cabras atándoles la barba a la cola, y que de «barba a cola» se había deformado en barbacoa.

El origen del apellido Mréjen parece estar en el nombre de un pueblo español, «Morgan» o «Moregón», transformado por las autoridades marroquíes en un término parecido a la palabra «coral» en árabe.

Cuando le preguntan de dónde viene su nombre, a mi padre le divierte responder que es escandinavo. Durante un tiempo, quiso cambiar la primera letra por una B para hacerlo más pronunciable.

Un día me preguntaron en la escuela por el trabajo de mi padre y respondí: «Vendedor de mercancías». La maestra entendió «vendedor de mercería».

La corregí. Entendió «vendedor de lencería».

La mayor parte de mis maestras eran solteras amargadas. A una de ellas le dio por llamarme obsesa delante de todos porque había traído mi enciclopedia de la vida sexual a clase y porque fabricaba sostenes plegando papeles.

Nos amenazaba con darnos una azotaina con los pantalones bajados delante de todos, y decía que iba a ponernos esparadrapo en la boca.

Decía: «¿Quieres estos cinco dedos?».

En Levallois-Perret, en casa de mi madre, dibujé una historieta. Una mujer daba de comer a su gato y dejaba la escudilla en el suelo. Pero el gato se negaba a comer. La mujer cogía de nuevo la escudilla, sacaba las especias del armario y echaba sal y pimienta. Lo probaba antes de dárselo de nuevo al gato, que finalmente se dignaba a comer. Había pasado varias horas esmerándome en el dibujo. Al fin, contenta con el resultado, fui a enseñárselo a mi madre, quien suspiró: «Menuda tontería».

Un día mi madre me preguntó si tenía **una pasión**. Me quedé de piedra. No tenía respuesta.

Otra vez me preguntó si yo **me amaba**. No supe qué decir.

En casa de mi madre la cocina era muy pequeña. Tenía cuatro taburetes apilables y una mesa extensible de melamina.

Las paredes estaban recubiertas de azulejos de gres rústico.

Mi hermana tenía un juego llamado los Bidibules. Eran muñecos ovoides de plástico que vivían en una especie de pueblo encantado. A mi hermano y a mí, aquel juego nos parecía una estupidez. Mi madre nos sermoneó porque temía que por nuestra mala influencia ella dejara de jugar con los Bidibules y que aquello matara su creatividad.

Después de dejar a mi padre, mi madre se enamoró de un hombre que estaba en proceso de divorcio. Era el hijo de un fabricante de muñecas. Me confesó que le quería tanto que sentía miedo. Antes de reencontrar el «hogar conyugal» la dejó embarazada. Mi madre, que temía una cuarta cesárea, al final sólo sufrió un aborto voluntario.

Más tarde se enamoró de otro hombre que no estaba precisamente separado de su mujer.

De jovencita, mi madre recibía de mi abuelo algo de dinero para sus gastos. Al parecer, ella lo usaba para hacerle regalos.

Mi abuelo no tenía nada en los armarios de su cocina. Ella le abasteció de vasos, cubiertos y platos.

Mi abuelo no concede la menor importancia a los objetos que tiene en su piso. No puedo creer que los haya elegido él mismo. Más bien parecen obsequios de empresa o aparatos regalados por suscribirse a revistas. Sus platos de cristal amarillo, como de comedor de colegio, son, sin duda, los que mi madre le regaló cuando tenía dieciséis

años.

Mi padre tiene las mismas rarezas. Usa lo que hay. Sus armarios están repletos de tazas Arcopal regaladas por Esso, y los muebles de su casa de campo provienen de una herencia tardía.

Cuando algún electrodoméstico deja de funcionar, lo guarda diciendo: «Esto ya no funciona».

Mi padre no lee jamás las instrucciones de los aparatos que compra. Nos pide que lo hagamos por él y se lo expliquemos.

Por la boda de mi hermano, mi padre envió una invitación a la tía Ligou. Ella la leyó distraídamente y se excusó por no poder venir a la **bar mitzvah**<sup>[5]</sup>.

Poco después de la muerte de mi madre, la hermana de mi abuelo casó a uno de sus hijos. No nos conocía muy bien. Al no tener que invitar a su sobrina, aprovechó la ocasión para ahorrarse tres cubiertos y romper el contacto con nosotros.

No volvimos a oír hablar de nuestro tío Bernard ni de su mujer a partir del día del entierro.

Para tranquilizar su conciencia y saber de él, mi padre llama de vez en cuando a mi abuelo. Mi abuelo le pregunta qué tal está la perra.

Mi padre nos dice a menudo que sólo se puede confiar en la familia, porque los amigos se esfuman en cuanto hay que echar una mano.

El día en que cayó en la cuenta de que su tercer marido empezaba a fijarse demasiado en su hija, mi abuela dijo: «Hay que casar a esta niña».

Mi madre tenía veinte años. Un año más tarde se casó.

Al principio, mis padres vivían en un piso pequeño en Boulogne. Se mudaron a la calle de las Acacias.

Mi padre creía que su papel era el de traer dinero a casa, y el de mi madre educarnos. El amor que él nos traía tenía forma de regalos.

Para conseguir cualquier cosa había que ser amable y darle besos.

Se daba el caso de exigir afecto con amenazas.

Cuando nos invita a un restaurante, nos colgamos de su cuello para darle las gracias.

Mi padre siempre se fija en algún anuncio de la tele como ejemplo de familia feliz en la que todos hablan, ríen y bromean al llegar a casa. Le gustaría que le preguntáramos qué tal el día, que preparásemos la cena, que pusiéramos un bonito mantel y que cada uno se sirviera riendo.

Dice: «En las familias normales hablan unos con otros, se cuentan cómo ha ido el día. Me gustaría que de pronto dijeras: "Venga, voy a hacer una buena ensalada"».

Mi padre anima a mi hermana para que hable con mi hermano y conmigo; a mi hermano para que hable con mi hermana y conmigo; a mí para que hable con mi hermana y con mi hermano.

Hace lo posible por acercarnos.

Mi padre nos escucha sólo a medias cuando le contamos nuestras cosas. Se limita a estar presente y a aparentar cierta atención. Después es capaz de preguntarnos sobre ello diez veces sin acordarse de que ya lo hemos hablado.

Cuando quería un beso, mi padre se tocaba la mejilla con el dedo.

Para poner fin a nuestras peleas nos separaba a la fuerza y nos decía: «Daos un beso».

Mi madre nos decía que dejáramos de pelearnos como vándalos.

De vez en cuando cantaba *Oh, cómo se aburre uno aquí* o *Soldado, levántate, soldado; levántate deprisa*.

Decía que terminaríamos malviviendo, de barrenderos.

Mi madre decía que mi abuelo seducía a las mujeres con su galantería y sus buenas maneras.

Cuando comíamos en su casa, él hablaba sobre todo con mi madre y con Lolotte. Nosotros teníamos que estar callados y comer con corrección.

Guardaba sus medallas en una cajita.

Tenía un calzador de plástico de color verde y blanco provisto de un largo mango de bambú.

La puerta de su armario no cerraba bien. Estaba revestida con un espejo grande.

Vivía en el séptimo piso de un triste edificio en Saint-Ouen. Tenía una puerta de

crystal granulado, un interfono y otra puerta de cristal ahumado.

Mi abuelo se llama Claude Blum.

Trabajaba en la calle Jean Goujon.

Casi todas las cosas de su escritorio eran de color verde, marrón o negro.

Sobre él había un retrato de mi madre cuando niña, con un perro en brazos. El dibujo no era nada fiel al original.

Antes de abrir una agencia inmobiliaria con escaparate a la calle, mi padre tenía su despacho en la calle de la Victoire.

En el mismo piso vivía una prostituta. La mujer de uno de los clientes de la prostituta había pintado con rotulador las paredes del hueco de la escalera. Ponía «la puta es en el segundo», «la puta es aquí», con flechas que indicaban el recorrido.

En su despacho, mi padre tenía colgado el diploma de la Orden de la Cortesía.

Tenía un bote cilíndrico lleno de bolis Bic sin capuchón, subrayadores y rotuladores secos; un cenicero grande de granito; una caja de madera llena de clips y de tarjetas de visita; un cubo de metacrilato con nuestras fotos y un bloc de hojas cuadradas para tomar notas.

Mi padre tenía una secretaria rubia que se llamaba Béatrice.  
Yo me confundía y la llamaba Patricia.

De muy pequeña, en un momento en que mi madre estaba de espaldas, metí los pulgares en un enchufe. La corriente dejó cada dedo de una forma diferente.

Yo no entendía por qué se decía «cambiar de opinión como de chaqueta».

Mi madre conservaba un cuaderno de cada uno de nosotros con fechas, fotos y un sobre que contenía mechones de cabello.

Lo redactaba en primera persona.

Dice, de su puño y letra: «El primer diente de leche se me ha caído el 27 de septiembre de 1974 comiendo maíz y me he tragado el diente pero el ratoncito no se ha olvidado de mí y me ha dejado un paquete de pirulíes bajo la almohada».

Y más abajo: «Mamá me estaba dando un plátano triturado y la cuchara me ha golpeado el diente».

En las colonias de verano conocí a una niña cuyos padres, antes de que saliera de

casa, le entregaban postales escritas por ellos mismos. Garabateaban unas líneas en el reverso diciendo que todo iba bien y ponían su nombre y dirección. Ella no tenía más que enviarlas. El sello ya estaba pegado.

Me regaló una de aquellas postales decoradas con lentejuelas; reproducía el dibujo de un chalet de montaña e iba dirigida a unos tales señores Lespinasse, que vivían en Hérisson.

A mi vuelta de Inglaterra les di los regalos a mis padres. A mi madre, un cisne de porcelana con una almohadilla de terciopelo rojo para clavar alfileres, y a mi padre un elefante pintado de color marrón.

También recibieron una jarra de cerveza con el dibujo de un viejo fumando en pipa, un barómetro con forma de chalet suizo y una figurita brillante que pasaba del rosa al azul.

Mi padre empleaba a menudo la palabra «cachivache».

Aún conserva el elefante marrón y el resto de las cosas traídas de los viajes.

Mi madre tenía un collar grande de plástico negro, gris y blanco que se ponía encima de un jersey con brillos y cuello vuelto.

No recordaba nunca si la palabra marrón tenía una erre o dos.

Decía con frecuencia «majara» o «majareta».

Yo conocía a una madre y a una hija que tenían la misma forma de reír.

Se lo comenté a la madre y me respondió:

«Ja, ja, sí, la verdad es que en casa reímos mucho».

Un día, mi madre y yo cavamos el jardín recitando de memoria las canciones del disco ***Babar y ese pillo de Arturo***.

Mi madre recordaba todas las poesías que había aprendido en la escuela.

Cuando teníamos dificultades para expresarnos por escrito, nos citaba una frase de Boileau: «Lo que bien se comprende, se enuncia con claridad, y las palabras para expresarlo llegan con fluidez».

Le gustaba fingir que luchaba con una espada.

Hay una película de Súper 8 en la que mi tía se pelea con mi abuelo. Simulan un combate de esgrima con bastones y palos de escoba.



Hay otra en la que aparecen mis padres de viaje por Marruecos. Mi madre lleva un cuerpo amarillo de felpa y una pañoleta lila. Se está montando en un camello que se pone en pie.

Mi padre tenía un Mercedes azul marino.

Recordaba perfectamente su primer coche. Era un **MG** deportivo.

Mientras él conducía, mi madre apoyaba el brazo en el extremo del asiento. Visto desde atrás, parecía que ella le cogía por el hombro.

Ella se sujetaba el pelo con las gafas de sol.

Un día, atravesando la calle Chaussée d'Antin, mi padre me dijo que era rico de corazón.

Iba casi a diario a comer a un restaurante chino que tenía el techo alicatado. Cada azulejo representaba un dragón sobre fondo dorado. Mi padre pedía siempre una sopa de primero y, luego, gambas agridulces.

Desde que se mudó al bulevar de Batignoles va a un chino con moqueta rosa en las paredes. Hay velos y figuritas de Buda en unas vitrinas.

Mi padre siempre intenta regalarnos los muebles almacenados en su casa de campo. En lugar de tirar a la basura los viejos sofás de espuma y los armarios rústicos, nos los ofrece cada vez que uno de nosotros cambia de casa.

Su sótano está abarrotado de libros de texto, de equipos de esquí demasiado pequeños y de botas destrozadas.

Una vez, por su cumpleaños, le regalé una maquinilla de afeitar y una brocha de color amarillo canario muy bien presentadas en un estuche. Rió con todas sus ganas al abrir la caja. Sin duda, usaba maquinillas desechables y espuma en spray o una máquina de afeitar eléctrica. No entendí qué era tan divertido. Nunca lo utilizó.

En Navidad llevábamos regalos a las maestras. Mis padres habían comprado un salero y un pimentero para la mía. Al rasgar el papel protestó diciendo que ya tenía unos.

En una ocasión en que fuimos a comer a casa de mi padre, yo preparé un **crumble** de manzana. Él lo miró con cara de disgusto, como si fuera la comida del perro.

Los domingos, en la casa de la calle Courcelles, mi padre escuchaba música

clásica fumando un cigarrillo. Al otro lado de los visillos se veían los castaños y la calle desierta. Algunas veces nos acercábamos a comprar un pastel a la avenida Niel.

Yo tenía dos pasadores en forma de elefante.

Mi padre se mudó justo frente al bosque de Boulogne. Por la ventana se veían las ramas de los árboles.

Oíamos cómo se gritaban los vecinos. La mujer hacía mil reproches a su marido y, después, él la insultaba hasta dejarla como un trapo.

La amiga de mi padre tenía miedo del gato. En cuanto le veía acercarse a su silla encogía las piernas y empezaba a gimotear.

Siempre que nos regalaba algo, se trataba de ropa.

Ella tenía un estilo clásico, vestía con trajes de chaqueta de color beis, crema, azul marino o gris.

Nos proponía acercarnos a algún sitio en coche diciéndonos que no le importaba tirarnos de camino.

Nunca pedía las cosas «por favor» a sus empleadas domésticas. Decía: «Samueline, traiga el café»; o: «Samueline, quite la mesa».

En ciertas ocasiones adornaba la mesa con cestillos de flores secas.

Tenía un hermano con síndrome de Down que se llamaba **Guitón**.

El marido de su hermana se llamaba **Tougui**.

Instauró una costumbre que consistía en cenar espaguetis a la boloñesa los domingos. O bien íbamos nosotros a su casa, o bien venía ella.

Algo que no debíamos hacer era darle el salero. Había que depositarlo en la mesa para que ella lo cogiera. De lo contrario, la desgracia caería sobre la familia. En cuanto oía hablar de algún suceso dramático gritaba: «¡Dios nos libre!».

Empleaba la palabra «pintura» por «maquillaje».

Por ejemplo, te has pintado, una mujer muy pintada, parece que se ha pintado, etcétera.

Mi padre se siente incómodo cuando sale el tema de la homosexualidad. Hablando de alguien puede que confiese en voz baja: «Parece que es marica...»; o:

«Es tortillera, creo».

Cerca de la casa de su amiga, en el distrito dieciséis, había una zona de prostitutas. Cuando caminábamos de noche por la avenida, preguntaba fuera de sí: «Pero ¿me puedes decir qué esperan?».

Me abroncaba, casi.

No pronunciaba jamás la palabra «lesbiana» al hablar de la hermana de mi madre. Prefiere decir que no es muy equilibrada o que no se siente bien consigo misma.

Mi padre espera quedarse por fin tranquilo el día en que nos vea encarrilados.

Dice: «¡Qué felicidad ir a visitaros cuando ya estéis casados!».

Cuando vio que mi hermano quería casarse con una mujer más bien gruesa y poco agraciada físicamente, le enseñó la foto de una prima lejana de su misma edad, más guapa, aconsejándole que reflexionara un poco.

Mi padre quiere saber con quién salimos para asegurarse de que nuestros amigos no son unos marginales.

Invitó a una de mis amigas a comer para preguntarle si yo era drogadicta.

Cuando tiene algún problema con mi hermana, me pide que hable con ella para ver qué es lo que pasa.

Me dice: «Tú eres su hermana, ella te admira mucho, puede que a ti te escuche. Por desgracia, cuando yo le digo algo es como si hablara con la pared».

Cuando era adolescente no quería que yo trajera a mis novios a casa hasta estar segura de haber encontrado al de verdad. Me decía: «El día en que me digas que va en serio, que tenéis proyectos de futuro, me lo presentas; pero antes no quiero que aparezcan por aquí, porque en ese caso, hoy es Pierre, mañana será Paul o Jacques, y es un mal ejemplo para tu hermana. Si te ve una vez con éste, otra con aquél, eso la va a confundir».

Cuando sufría penas de amor, me insistía para que me confiara a él; después zanjaba el problema diciendo: «El mundo está lleno de chicos».

A mi padre le gustaba decir: «Cuéntaselo a mi culo, mi cabeza está enferma».

Cuando yo era pequeña, él canturreaba una coplilla que me gustaba mucho, la romanza del muguet:

*¿Quiere usted que le cante la romanza, la romanza? / ¿Quiere usted que le cante la romanza del muguet? / Comienza con un largo silencio la romanza, la romanza. / Comienza con un largo silencio la romanza del muguet. / Termina igual que comienza la romanza, la ro manza. / Termina igual que comienza la romanza del muguet.*

Nos cantaba también **Las hojas muertas** para que nos durmiéramos.

Un día, me sorprendí llorando en la sección de productos lácteos de Franprix cuando sonaba **La mamma** como música de fondo.

En los viajes al campo pasábamos por una salida de la autopista que indicaba Ury. Mi padre nos preguntaba sistemáticamente si queríamos salir en Ury.

Teníamos una perra llamada **Hortensia**.

En el salón, una vez, me puse a pensar que un día moriría. Se me hizo un nudo en la garganta. **Hortensia** gruñó y me lamió la mano.

Mi madre canturreaba: **Qué mal apro..., qué mal aproveché mi juventud, pasé demasiado tiempo, demasiado tiempo en los salones.**

Supliqué a mi padre que pusiera una pegatina de **Pif**<sup>[6]</sup> en el parabrisas trasero del coche.

Se había comprado un enorme Buick con asientos blancos de cuero.

Mi padre alababa siempre la belleza de su madre; sin embargo, en la foto se veía a una señora gorda con un pañuelo en la cabeza.

Según mi madre, las mujeres de aquella generación pasaban el tiempo charlando y comiendo dulces de miel.

A mi madre sólo le gustaba el chocolate amargo.

Cuando me invita a comer en su casa, mi padre me recita el menú para intentar convencerme.

Durante un tiempo compraba una cantidad enorme de yogures. Cada vez que le visitaba me proponía que me llevara unos cuantos.

Volvía en el metro cargada con una bolsa de plástico llena hasta arriba.

Para animarnos a comer, mi padre dice: «¡Vamos, para que me quede contento!».

Siempre insiste en que los invitados repitan. Les llena el plato sin avisar y les

acusa de ser demasiado tímidos, intentando que se sientan a gusto.

A mi padre le gusta beber Coca-Cola en las comidas.

En el restaurante pide cañas de cerveza.

Cuando mi hermana era adolescente, mi padre se empeñaba en saber si estaba **formada**.

Me hacía la misma pregunta con regularidad.

Una vez, mi hermana le dijo que tenía novio. Mi padre le preguntó el nombre para saber si era judío.

Mi padre no entiende que no le contemos nada, y encuentra anormal nuestro comportamiento.

Si está descontento, da los besos al aire, apenas sin rozarnos.

Si pierde la calma, después lamenta habernos dicho barbaridades. Sus palabras no dejan adivinar sus verdaderos pensamientos.

Enfurecía a mi madre hasta el punto de hacerle colgar el teléfono.

Uno de sus insultos más fuertes era «grosero personaje».

Mi padre respondía: «Para ti, para la merienda» en cuanto nos oía decir «mierda».

Me llamaba **Mouka**, que significa lechuza en árabe. Ignoro qué semejanza encontraba en mí con una lechuza. A veces precisaba: «La lechuza de los tubos<sup>[7]</sup>».

Un día, mi hermano decidió hacer un pastel de su invención: preparó dos flanes Mandarín en bandejas de acero inoxidable e intentó poner una sobre otra. La masa blanda y gelatinosa se despanzurró, resbalando fuera del molde. Mi hermano tuvo un ataque de nervios y desapareció dando un portazo, lo que provocó las carcajadas de mi padre.

Había un olor especial a tierra mojada o a maleza que yo identificaba con el olor a orugas aplastadas. En cuanto me llegaba a la nariz, puntualizaba: «Huele a oruga aplastada».

Si le tocaba comer sólo con uno de nosotros, mi padre no paraba de dirigirse a la perra, sentada a sus pies. Le preguntaba continuamente: «¿Qué?... ¿Qué pasa?».

Mi padre cree que no nos vemos lo suficiente.

Cuando pasamos un rato con él nos dice que deberíamos intentar vernos algo más.

Nos habla largo y tendido de nuestros problemas de comunicación.

Mi madre decía que se quitaba el pan de la boca y que acabaríamos por chuparle la sangre.

Le saqué la última foto la tarde de Navidad. Se había cortado el pelo y llevaba una blusa de muselina roja con pespuntos dorados y volantes en el cuello.



VALÉRIE MRÉJEN (PARIS, 1996). Novelista, artista plástica y autora de videos.

Desarrolla su trabajo a partir de acontecimientos cotidianos, detalles crueles o burlescos de la existencia, recuerdos, tópicos o melentendidos. Sus obras se han expuesto en muchos países. En 2008 se expuso una retrospectiva suya en la Galería del *Jeu de Paume*.

Se diplomó en 1994 en *l'École nationale supérieure d'arts de Cergy-Pontoise* y graba sus primeros videos en 1997.

Comienza editando artesanalmente cuentos para niños, hoy reunidos en un volumen: *Une dispute et autres embrouilles*. Más adelante publica tres textos de inspiración biográfica: *Mon gran-père* (1999), *L'Agrume* (2001) y *Eau sauvage* (2004).

En 2001 es invitada de honor de *l'Oulipoy* durante 2002 y 2003 es huesped en la *Villa Medicis*.

En 2008 le *Jeu de Paume* le consagra una exposición monográfica titulada «La place de la concorde».

En 2010 es huesped de la *Villa Kujoyama* en Kyoto.

En 2012 en el *Centre Pompidou*, en 2013 en la *Villete* y en 2014 en el festival de *Vendôme*.

Otros escritos suyos:

*Forêt noire*, 2012

*Pork and milk, 2006*

*Valérie Mréjen, texte d'Élisabeth Lebovici, Léo Scheer, 2005*

*La Liste des invités, 1998*



# Notas

[1] *Et maintenant, que vais je faire?* «Y ahora, ¿qué voy a hacer?». Célebre canción de los años 60 interpretada por Gilbert Bécaud. <<

[2] Las palabras fe y vez en francés se escriben foi y fois respectivamente y se pronuncian de forma idéntica a las palabras foie y Foix. <<

[3] Juego de palabras: «Faire la soupe à la grimace». Literalmente, «hacer sopa a la mueca»: poner mala cara. <<

[4] *En route, mauvaise troupe!* Es el título del conocido periódico satírico infantil manuscrito creado en 1913 por un pequeño grupo de niños comandados por el adolescente Jacques Vaché, quien fue uno de los maestros de André Bretón, según confesó éste, y precursor del surrealismo. A pesar de tratarse de una pequeñísima «empresa», el humor sacrílego y negro de dicho periódico, así como su antimilitarismo, encontraron pronto muchos adeptos. A partir de los años 70 *En route, mauvaise troupe!* Dio nombre en Francia a series de televisión, tebeos y publicaciones de distinto carácter, algunas muy alejadas del espíritu de Vaché. <<

[5] El *bar mitzvah* es la fiesta de iniciación de los jóvenes varones judíos. La de las mujeres se llama *bat mitzvah*. Ambas fórmulas significan «sujeto (o sujeta) a los preceptos», es decir, que el niño o la niña han alcanzado la mayoría de edad según la ley judía. <<

[6] Nombre de un popular perro, protagonista de un cómic infantil. <<

[7] La palabra «tuyeau» en francés tiene dos acepciones; la más habitual: tubo. Y, en lenguaje familiar, la expresión «avoir un tuyeau» significa tener una información privilegiada y confidencial. <<